

Escuchar lo justo

Edwin Culp

Representemos otra situación más —una más, otra, de ningún modo la primera, pues aunque presentada al comienzo, quien presenta escribe después, una situación anterior, quizás, para quien lee y posterior de quien escribe, posterior, además, a la lectura de quien presenta y, sin embargo, en el presente del que lee; situada al comienzo de lo que aún está por comenzar; o bien, representada al último, al agotar las páginas, o al medio, en una pausa en la que accidentalmente se abren estas páginas siguiendo una nueva ruta—, representemos, pues, otra situación que habríamos olvidado representar, o suponemos insignificante, insignificancia que, con todo, representa: representémonos el lugar de otro, una posición, la posición de quien escucha, un escucha que mientras se habla sobre la representación, apenas alcanza a escuchar; cuesta escuchar, lo que se escucha no se dice con voz alta ni a gritos, no busca inundar ni sobreponerse a otros sonidos. No es una posición inmóvil: quien busca escuchar se acerca, estira el cuerpo o, al menos, hace un gesto de cercanía para escuchar eso que apenas se oye. En ocasiones, el murmullo debe representarse con lo inferido, con lo sugerido, con lo imaginado. En otras, aparece una repetición, una reconsideración, una reiteración diferente que permita que lo dicho se acerque un poco más a quien escucha, que le toque: a fin de cuentas, un escucha que se acerca para poder escuchar lo hace, sobre todo, para ser tocado por eso que apenas se escucha. Cada tanto, lo que interpela a los escuchas no es tanto la voz como el silencio, la larguísima e incómoda pausa que espera una reacción a lo dicho. Se escucha muy quedo, quedito, ese escuchar suspende lo que se escucha entre el silencio y la siguiente palabra. Se escucha lo justo, apenas para entender que de lo que se habla es de ser escuchado, de que la escucha toque e incluso mueva, de no dejar de

repetir lo que debe ser escuchado, de repetir, incluso, lo que se escucha todo el tiempo para dejar ver lo que no puede escucharse ante tanto ruido.

Si algo es notorio cuando uno escucha a José en un seminario o en un taller, es que para escucharle uno debe acercarse, estirarse, guardar silencio para dejar espacio a lo que tiene que decir. No es un no querer decir, sino el compromiso de persistencia de quien escucha: cada frase debe atenderse, cada pausa. Escuchar a José exige cercanía. Hay en ello un ejercicio ético: para hablar de la escena, del cine, de la literatura, de sus modos de representación, hace falta una escucha capaz de escuchar lo que ya solo puede recuperarse desde la memoria (Mapa Teatro), capaz de dar cuenta de los desaparecidos y sus apariciones que no alcanzan a llenar el espacio (Mroué y Saneh, Weerasethakul), capaz de detenerse en los modos de fabricación de la representación (Mroué y Saneh, Mayolo y Ospina), en la distancia que la ficción da al documento (Kiarostami), de escuchar la descripción de una violencia in-audita (Lidell, Bolaño), de poner el cuerpo, vaciarlo (Yuyachkani), pero también darle cobijo y cuidado (Lidell). La escucha es un gesto, la interrupción de una acción que suspende a la representación como clausura.¹ Un gesto en el que reside la dimensión ética, la presentación, la *presentificación* de la representación.

La representación que imaginamos no solo atañe a lo representado sino al acto mismo de hacerlo, se despliega en el presente, se presenta. Cuando menciono aquí la escucha no me refiero a evocar una presencia trascendental o significativa de la palabra escrita llenada con la voz,² si traigo a cuenta la voz de quien escribe es solo para poner en escena la exigencia y responsabilidad de escucha que conlleva. Esta escucha de lo que apenas es audible provee un gesto, una presencia sutil en la representación; un marco que implica a la acción y en el que la palabra se *performa* en la cercanía, en la suspensión, en lo se escucha apenas, se escucha quedo, en escuchar lo justo. Esta presencia no anula la representación: la abre, la interrumpe, pone en marcha toda su capacidad de

acción y de afectación. Esta presencia y presente de la representación, su dimensión ética, no refiere a una escucha virtuosa, como tampoco clausura la representación a un virtuosismo que simplemente impresiona o alecciona. El gesto de la escucha incompleta es también el de la representación inacabada, más aún, inacabable, que no permite su clausura ni su conclusión formal, que deja en su apertura los huecos para la decisión. La conjunción y contenida en el título *Ética y representación*, es menos una característica de la una en la otra (la ética *de* la representación o la representación *de* la ética), que la contigüidad de una y otra, la conformación de la superficie de una horadada por la otra. La ética encuentra su límite en la posibilidad de siempre representarse nuevamente —una vez más— tanto como la representación lo hace en la exigencia presente —persistente— de la ética. Si la persistencia ética y su consecuente responsabilidad evitan la clausura de la representación, la constante posibilidad de representar aleja la clausura de lo ético en lo normativo y moral. Más aún, la irrupción de la representación en lo ético lo distancia de cualquier aplanamiento o igualación y vuelca su praxis hacia el terreno de lo político.³ Esta apertura de la superficie de la representación adquiere la posibilidad de ser apropiada, de agenciarse por otros, de poder ser repetida; y es en esta posibilidad donde reside su carácter político.

Ya en *Prácticas de lo real en la escena contemporánea* (México: Paso de Gato, 2012) —la contraparte de este texto—, José abordaba los límites de la representación haciendo irrumpir la presencia, la realidad, el documento, el no-actor o lo irrepresentable en el presente de la escena para llevar esa representación al límite. La relación entre *Ética y representación* la hace presente, no elude su presencia, la explicita, la despliega en el presente, la conduce a la praxis de la acción. Y ese paso en el pensamiento de José es un paso acompañado del devenir histórico: de la necesidad de la concreción y enfrentamiento con lo real, de su infiltración en una escena que parecía tenerse que llevar al límite, se abrió paso a una crisis en la representación; una crisis que, lejos de buscar

reinstaurar sus mecanismos normativos y homogeneizadores, enfrentaba a la representación desde la representación misma, desde la evocación de sus marcos, la visibilización de sus diferencias. Una representación volcada a la acción, sustentada por su capacidad de afectación. José da cuenta de este paso trazando diferentes puntos de partida para esta crisis de la representación, no para encontrar un único origen, sino para trazar los diferentes anacronismos que resuenan y se hacen presentes en la contemporaneidad.⁴

“No nos representan”: la escena se ve desbordada por la acción pública y, a su vez, ésta encontraría sus mecanismos de acción en la escena misma. La pregunta por la representación se volvió eminentemente escénica y, con ella, la escena adquiere una renovada posición de responsabilidad ética. Resuena Brecht y sus *Lehrstücke*, sus piezas de aprendizaje o didácticas, como modos de inserción de la paradoja representativa en la comunidad, pero también su célebre *Verfremdung*, el distanciamiento que provocaría la distensión temporal de la representación y su apertura al presente.⁵ Ante esta afrenta, el teatro, el cine, la literatura deberán asumir una doble responsabilidad: por una parte, dar cuenta de lo que ocurre, ser testigos de lo inaudito, y, a la vez, persistir en la representación, ponerla en tela de juicio (ético) una y otra vez. Podría interpretarse así una de las búsquedas brechtianas: distanciar la representación y apropiarse de su imposible cerradura para convertirla en un mecanismo de agencia.

Que la publicación de *Ética y representación* se sitúe en México no podría ser más oportuno: rodeado por un panorama de violencia inaudita, un escenario evidente de desapariciones forzadas, una crisis de representación política basada en la ausencia de responsabilidad y el sometimiento de la disidencia, pero, también, donde se gestan y se recuperan modos de visibilización del movimiento social, de presentar el cuerpo en el espacio y el rostro en la imagen, de clamor por los que nos faltan. Si bien, entre la fuerza de unos y la capacidad de darse a

escuchar de otros hay una desproporción inconmensurable, este ruido no acalla la posibilidad de escuchar las voces. Aunque quedito, su escucha es siempre posible, así, apenas, a veces insignificante, pero persistente, incansable: insistiendo en que se escuche lo justo. Y es esta posición de México hoy no deja de resonar en los muchos tiempos superpuestos de las demandas de América Latina. A fin de cuentas, nuestros paisajes no han dejado de reconfigurar territorios de escenas lamentablemente compartidas, repetidas; pero también de formas de accionar, de modos de agenciar y visibilizar. Si José toma el lugar de enunciación desde América Latina, distanciándose de Madrid o el occidente europeo, no es de ningún modo profetizar desde la lejanía: es, de nuevo, elegir un lugar desde donde su escucha será otra, menos articulada desde la hegemonía, quizás, pero más pertinente y urgente. Presentar esta cartografía de la representación, irrumpir en su presente desde un lugar más urgente aunque menos audible, exige un acercamiento, un estirar del cuerpo para poder escuchar, se aleja de cualquier discurso grandilocuente para tomar otro lugar que hace responsable a quien lo escucha, o lo lee, de acercarse, de dejarse tocar, de hacer todo lo posible por escuchar lo justo.

¹ Entendemos aquí el gesto del modo como Walter Benjamin lo analiza para el teatro de Bertolt Brecht, citable y que interrumpe la acción: "¿Qué es el teatro épico?," en *Tentativas sobre Brecht. Iluminaciones III* (Madrid: Taurus, 1998).

² Jacques Derrida señala cómo este uso de la voz en el significante conduce a una metafísica de la presencia sobre la que reside la diferenciación entre significante y significado: *De la gramatología* (México: Siglo XXI, 2000). El gesto de escuchar lo apenas audible, en cambio, trae a cuenta la posibilidad de interrumpir la acción y, con ella, la significación.

³ En su texto *El viraje ético de la estética y la política*, Jacques Rancière se preocupa de cierta apelación a la ética en las sociedades de consenso como modo de igualación e indistinción de lo político: *El viraje ético de la estética y la política* (Santiago de Chile: Palinodia, octubre 2005).

⁴ Giorgio Agamben, "¿Qué es lo contemporáneo?," *Clarín* (2009).

⁵ Un libro temprano del propio José aborda justamente los elementos de la estética brechtiana: José A. Sánchez, *Brecht y el expresionismo. Reconstrucción de un diálogo revolucionario* (Cuenca: Universidad de Castilla-La Mancha, 1992).